

Luis Moncada Ivar

Un perro noctívago

Ignacio Trejo Fuentes

Autor de un solo libro, Luis Moncada Ivar es el caso de una voz literaria prácticamente olvidada en el panteón de las letras mexicanas. Fallecido antes de cumplir 42 años, el escritor llevó una vida itinerante por varios países. Su libro Perros noctívagos es el ejemplo de una ficción realista que con fuerza expresiva niega cualquier visión solemne de sus personajes y tramas.

“Me suicido porque es domingo, porque ayer asistí a mi velorio, porque hoy estoy ocioso y de excelente humor”, expresó Luis Moncada Ivar en la carta-testamento que dejó a su hermano Carlos el 4 de marzo de 1967. Y señaló, además: “Dejo la pistola a Sergio Lugo —no vale la pena empeñarla, maestro, es un arma barata—. Mi cuerpo a la Escuela de Medicina, y si hubiera sido posible mis ojos a Ray Charles”.

Luis había nacido el 27 de julio de 1925 en la Ciudad de México, y fue el mayor de ocho hermanos (y cuatro medios hermanos). Debido a las precarias condiciones económicas de la familia, empezó a trabajar desde muy chico, primero en el Banco de México y luego en el periódico *Novedades* como asistente del gerente de publicidad. Más tarde hizo algunos estudios de medicina, pero los abandonó para inscribirse en la Academia de San Carlos. Según testimonio de su hermana Noika, quiso estudiar música como ella y otro hermano, mas declinó al entender que su verdadera pasión era la literatura.

Leía sobre todo a autores europeos, y de los mexicanos sus favoritos eran José Revueltas y Juan Rulfo. Fue trashumante, o pata de perro, como supongo hubiera

preferido llamarse. Viajó a Guatemala, con fines turísticos, aunque al enterarse del movimiento sandinista en Nicaragua se trasladó a ese país con el fin de enlistarse en las filas revolucionarias. Luego de seis meses, volvió a México y se fue a Tijuana, donde trabajó un par de años. Regresó por poco tiempo a la capital, sólo para irse a Tampico y, de ahí, embarcarse rumbo a Europa. Viajó por varios países y se ancló en París, donde vivió por largo tiempo y se ligó con una francesa, con la que al parecer tuvo un hijo.

Luego se mudó a Nueva York, a la que consideraba *la ciudad*, por su cosmopolitismo. En esa metrópoli se involucró con una puertorriqueña que había sido mujer de un mafioso, y ante las amenazas de muerte por parte de este se vio obligado a instalarse definitivamente en México. Aquí se casó con una joven estudiante de pintura, pero el matrimonio duró pocos meses: ella era metódica, organizada, mientras él escribía y traducía de noche y dormía en el día.

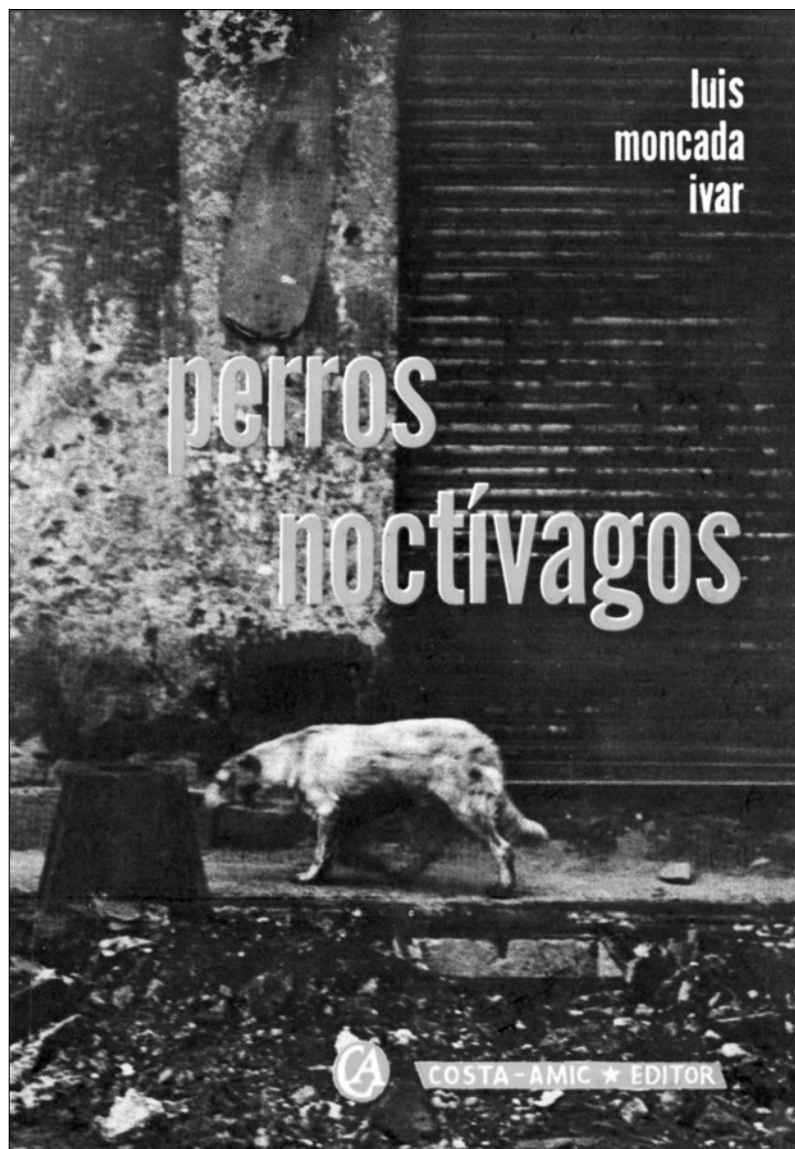
¿Por qué doy tantas referencias de la vida de Luis Moncada Ivar? Por dos razones: la primera es porque casi nadie, o muy pocos, saben de él; y la segunda porque esas referencias permiten una mayor comprensión

de *Perros noctívagos*, único libro que publicó (Costa-Amic, 1965).

Si bien Moncada Ivar no publicó mucho más, tenía cierto prestigio en el ámbito periodístico, colaboró en la revista *Siempre!* y en *Revista de Revistas*. Entre sus amigos puede mencionarse a Lizandro Chávez Alfaro, Luis Monter, Manuel Mejido, Rubén Alcalá Negrete, Paco Ignacio Taibo, Víctor Rico Galán, Horacio Espinosa Altamirano, Raúl Renán y Emmanuel Carballo.

No puedo dejar de apuntar que a mediados de los años noventa del siglo pasado un grupo de amigos escritores y periodistas nos propusimos hacer una reedición de *Perros noctívagos*, por la nada sencilla razón de que, al leerlo, descubrimos un auténtico oasis en la literatura narrativa mexicana; nos encontramos con un autor singular en estricto sentido, que nada tenía que ver con el grueso de los autores contemporáneos suyos. Y si no me equivoco, en mi columna de “sábado”, del diario *unomásuno*, escribí sobre Luis, y rogué que si alguien conocía a sus herederos nos pusieran en contacto con ellos. La comunicación se estableció de inmediato y nos reunimos con Noika y otros hermanos, quienes aceptaron encantados la idea de relanzar el libro de Luis. Y no sólo eso, nos dieron nuevos datos y pistas sobre su vida, y nos entregaron algunos cuentos inéditos y una remembranza de su hermana Noika, que por supuesto incluimos en el libro, que estuvo precedido por un prólogo de Sergio Monsalvo, uno de los cofrades que admiraba a Moncada Ivar. El libro no tardó en agotarse y Luis volvió a quedar en la oscuridad.

¿Por qué nos impactó tanto la literatura de Moncada Ivar? Porque nos topamos con una voz distinta que contaba cosas poco comunes en el panorama de nuestras letras. Es cierto que algunos de sus temas pueden hallarse en otros autores, pero sus cuentos mantienen un sentido unitario, están de muchos modos entrelazados. Por ejemplo, el asunto del suicidio es recurrente, en diversos relatos aquel aparece como una posibilidad amenazante sobre los protagonistas, o bien estos la contemplan como un refugio, como un salvavidas; no en balde el cuento que abre el volumen se titula “San Suicidio Mártir”. En “La mentirosa”, que es un juego de azar, se hace una apuesta entre dos amigos: si uno gana en la lotería un millón de pesos, el otro se suicidará, y si no sale premiado el boleto en cuestión el perdedor entregará la mitad de su salario mensual durante diez años. Y sí, hay un suicidio, pero no de quien suponíamos y de una manera insospechada. Y si uno lee *Perros noctívagos* sin tener referencias del autor, de su destino final, podría inferir que algo grave rondaba por su cabeza; si se tienen los datos, la confirmación resulta escandalosa. En el texto que da título a la obra, el protagonista piensa suicidarse para sacudirse los demonios que siempre lo asedian.



Pero el Gran Tema de la literatura de Moncada Ivar es la desolación, el desgarramiento, la insania que padecen los personajes, hombres y mujeres. Son, para decirlo en palabras del gran Juan Carlos Onetti, *ignorados perros de la dicha*. Sí, todos los protagonistas de los cuentos son seres desdichados, condenados desde siempre a la desolación y a la amargura, sin ninguna esperanza de redención.

En “Domingo siete (monólogo de María)” seguimos el discurso de una mesera del Café París del Centro de la Ciudad de México (que fue frecuentado por Luis). Ella presume a sus clientes, que la asedian, ser casta y pura, y no obstante nos percatamos de que es en realidad una puta maltratada por la vida.

“Había una vez un muerto” podría sintetizar el sentido tragicómico que la vida tenía para Moncada Ivar. De repente, en la casa de una mujer mayor “aparece” un muerto, y ella convoca al vecindario a cooperar para el velorio y entierro del cuerpo, lo que los demás juzgan como un arrebató de caridad, pero resulta que la tipa, además de ser la dueña no confesada de la vecindad, había sido amante del difunto.

Hay por lo menos tres cuentos que tienen cercanía con lo religioso, y es seguro que algunos lectores lo habrán considerado sacrílego y hasta blasfemo, porque la suya no es una mirada piadosa, arrobada, compasiva, sino una incisiva crítica, si no al clero, a los creyentes que casi siempre rayan en el fanatismo. “Una rata en la iglesia” registra la boda de una joven, a la que asiste una que dice ser su tía y termina negando su parentesco. La mujer, quien está acompañada de su esposo español, está obsesionada por la presencia, en la iglesia, de una rata: cree oír la chillar y corretear por todas partes, y por eso chilla ella misma y no pone atención a los rezos y esas cosas, y en consecuencia el esposo lanza esas linduras verbales típicas de los españoles: “Me cago en la sagrada hostia”, etcétera.

Y quizás el relato con mayor carga religiosa (o anti-religiosa) sea “Aleluya”. En plena noche navideña, un hombre solitario deja su cuarto y se echa a caminar por el centro de la ciudad, ve cosas que antes no había visto (iglesias, burdeles, cantinas...), y en su peregrinar se encuentra con la Virgen María (quien monta un burro), e imagina que ella lo lleva a la cantina; luego, ve a los tres Reyes Magos y a un nutrido grupo de representaciones celestiales. Este cuento es un arma caliente, por-

que sin duda perturba a los lectores devotos, a los bien portados, a las almas puras.

Según entiendo, y sin desdeñar la calidad del resto, “El camaleón” es la mayor y mejor lograda pieza del libro. Como he hecho hasta aquí, no voy a contarla con detalle, sólo daré algunos retazos. En una habitación miserable conviven un viejo matrimonio y su hija. Él es alcohólico sin remedio, que abandonó la medicina por haber asesinado a un paciente; la esposa rinde culto a una calavera que consiguió en un cementerio a cambio de acostarse con el sepulturero (no le costó trabajo, porque en su juventud fue una puta espléndida, hasta que la rescató el joven estudiante de medicina), en tanto la chica pertenece a una organización espiritista cuyo guía lejano es Allan Kardec. Para decirlo con un lugar común, viven un infierno, cada cual tirando por su lado en medio de un fanatismo demencial. Asistimos a sesiones espiritistas, a los rezos de la madre ante la calaca y a los delirios del ex médico ahora borracho de permanencia voluntaria. La resolución es de lo más dramático y escandaloso.

Ya se dijo que Moncada Ivar construye invariablemente personajes en medio de la catástrofe y la inmunidad física y moral, no importa que se muevan en sectores tan diferentes. Uno de ellos tiene que ver con la guerrilla de los años cincuenta y sesenta en Guerrero, otro tiene como telón de fondo una huelga; es decir, aun en medio de avatares políticos asoman la podredumbre y la locura.

Luis se las supo arreglar muy bien con historias estrambóticas, delirantes, como “Aleluya”, del que ya hablé (no en balde está dedicado a Luis Buñuel), pues todo lo que “vemos” parece sólo ocurrir en la mente difusa del protagonista narrador. Uno más, “Los estadistas”, es absolutamente kafkiano: los protagonistas miden el mundo, la vida, mediante números y estadísticas (de ahí el título) y es francamente onírico y por eso —al menos para mí— incomprensible: ¿o se puede explicar que los estadísticos instalen un columpio a la mitad de una oficina?

Pieza mayor es, también, “Los redentores”. Se trata de una banda de seres andrajosos y siniestros que tratan de redimir a la gente, aunque no sé bien de qué han de redimirla. Comienzan enviando anónimos amenazantes a los “transgresores”, luego los persiguen en las calles del Centro de la Ciudad de México: me los imagino como una turba de zombis de los que vemos en el cine actual, y realmente enloquecen a quienes pretenden redimir. Es realmente aterrador, si bien se mueve —otra vez— tras los velos de lo surreal y lo onírico.

Creo que con este bosquejo se puede tener idea de los asuntos que aborda Luis Moncada Ivar en su libro. A mediados de los años sesenta del siglo XX los narradores mexicanos eran solemnes hasta el aburrimiento, como



si se pusieran el frac antes de escribir; unos andaban en la experimentación (Del Paso, Pacheco), otros en asuntos íntimos y hasta existenciales (Melo, Arredondo, De la Colina...), algunos tenían preocupaciones políticas, y todos se olvidaban de la vida inmediata, real, concreta. Por eso Moncada Ivar pareció —fue— diferente: tomó a la vida por los cuernos y se aporreó con ella sin ninguna concesión.

En los cuentos de este autor abundan las malas palabras, la ironía y la violencia verbal y física, la escatología y la irreverencia. Así, ¿cómo no iba a escandalizar? Su obra está preñada de erotismo al rojo vivo, de escenas casi pornográficas, lo que en esos tiempos era desquiciante, por decir lo menos (hay que recordar que Rubén Salazar Mallén casi fue quemado vivo por usar un lenguaje soez en sus libros).

Los temas de Luis, por lo que he señalado, se antojan un banquete, ¿o no? Y si a eso agregamos la categoría escritural con que los despliega se entenderá el entusiasmo que su obra me provoca. Gran lector, aprendió de los grandes maestros el arte de contar historias atractivas de la mejor manera, y se aplicó a ello. Maneja correctamente distintas voces narrativas, tiempos, espacios, estructuras. Utiliza de manera magistral el lenguaje coloquial, el del pueblo, y cuando es necesario consigue metáforas deslumbrantes, todo según convenga a las necesidades temáticas del relato. Y creo con toda seguridad que por eso superaba a muchos de sus contemporáneos, porque mientras unos contaban historias interesantes entre balbuceos y tropezones, y otros hacían maravillas estilísticas sin tener nada que decir, él, Luis, supo embonar ambas posibilidades: temas que atrapan al lector espléndidamente conducidos.

Como es obvio, *Perros noctívagos* (el título procede de un verso de López Velarde) recibió escasos comentarios críticos. Horacio Espinosa Altamirano dijo en la presentación del libro:

Parte de un monólogo interior hacia el exterior y va colocando intermitentes señales que nos muestran su tiempo de angustia y miseria. Trae un prodigioso equipaje de sabiduría y vagabundeo, un refinamiento que le permite mirar la realidad sin apresuramiento, con cierto fatalismo. En este autor hay una violenta protesta por el agobio y el sistemático golpeo a que ha sido sometida toda una generación que empieza a manifestar su creciente rebeldía; una generación que creció bajo el signo de la desesperanza y el nihilismo y está empezando a devolver los golpes recibidos.

Por su parte, en el prólogo ya citado de la segunda edición de *Perros...*, Sergio Monsalvo asevera: “El carácter narrativo de este autor imprimió al libro una desnudez estilística muy poco frecuentada por los escrito-

res mexicanos de la época y que habla de sincronía con la modernidad extrafronteras. Rescata, asimismo, el lenguaje coloquial, con todo lo duro y crudo que puede resultar lo popular, y se libera con una rabiosa ironía de cualquier sacralismo temático, incluyendo el de naturaleza religiosa”.

Por todo ello, es consecuente suponer que la vida en este libro haya quemado las manos de críticos fosilizados en su aparición, condenándolo a la marginalidad. El realismo de esta escritura no es de amables fábulas que la falsearan piadosamente, ni ocultamientos pudorosos de lo escatológico. En la literatura de Moncada Ivar no hay un nacimiento pacífico de la segunda mitad del siglo XX; hay un cataclismo que va creciendo como hongo mortal; hay personajes que se comportan como verdaderos seres humanos, como víctimas sociales, con sus complejidades, absurdecos y violencia, como en la vida misma, esa que nos compete a todos. Este escritor no exaltó la fealdad, la reconoció, la rescató y con talento le dio categoría estética. *Perros noctívagos* siempre tiene algo de inquietante, una atmósfera de drama al husmear los olores que circulan en su ámbito como miedos derramados, olores de sentimientos excavados de la carne. Personajes que hoy como ayer siguen siendo marginales como el propio realismo.

Toda buena escritura tiene a su más importante sinodal en el oído. La narrativa realista ha hecho de ello una consigna. Por eso, antes de permitirse armar cualquier argumento, el autor dentro de este género debe poner a prueba la verosimilitud de sus atmósferas y el lenguaje empleados.

Las historias de Luis Moncada Ivar se apegan a lo anterior con diálogos bien texturizados y algunas veces tan ríspidos como los personajes mismos. No obstante, la patología social se encuentra matizada por el grado fluctuante de ironía y ese humor ácido que lo distingue marcadamente en los textos, al igual que la autenticidad característica de todos ellos. Estos, por su lenguaje, actitud, personajes, son productos netos de la urbe en crecimiento, lo cual resulta fascinante.

En la remembranza que Noika hace de su hermano al final de la segunda edición, dice que, en efecto, Luis poseía un sentido del humor corrosivo, negro: lo podemos corroborar en la carta-testamento ya mencionada. Dice también que era cariñoso, sensible, muy culto, y que no soportaba la mediocridad. Todo eso se demuestra en los cuentos de *Perros noctívagos*.

¿Sería necesario agregar algo para testimoniar mi entusiasmo por la obra (breve pero poderosa) de Luis Moncada Ivar? Gran protagonista de este maravilloso grupo de autores ocultos, casi clandestinos.

Noika tiene en sus manos unos cuentos y una novela inéditos de su hermano, que tal vez veamos impresos y circulando muy pronto: será una revelación increíble. **U**